

VIII

Raúl y Abderrahim van de boda

Abderrahim se estaba atando los cordones de las deportivas y su madre se agachó para ayudarle. Acercó su tripa a la cara del niño y éste sintió de cerca la sensación del embarazo tan adelantado de su madre y además notó que algo se movía dentro de ella. Se aguantó las ganas de preguntar porque le daba demasiada vergüenza sin saber explicar por qué.

Cuando se encontró con Raúl en la fila del colegio le contó lo que había visto.

—Es el niño, ¿verdad?

—¡Pues claro! Es que ya ha pasado mucho tiempo y debe estar muy grande.

—Claro, la veo yo que anda con las manos en las caderas y que le cuesta mucho trabajo levantarse cuando se agacha. Pero digo yo que cómo se le habrá metido el niño dentro de la tripa.

—En cuanto comience la clase se lo pregunto a Marina.

Sin haber terminado de sacar los libros sobre la mesa, Raúl se dirigió a la profe.

—Profe, la mamá de Abderrahim está embarazada, muy embarazada. Tiene un niño en la tripa pero, ¿cómo se ha metido dentro el bebé?

Marina no esperaba tan especiales buenos días.

—En algunas ocasiones los papas se quieren mucho y de ese amor tan grande sale un bebé.

—¿Solamente en algunas ocasiones? —preguntó Raúl desconcertado— Mis papas se quieren siempre y solamente somos dos hermanos.

—Es que en esas ocasiones se quieren de una forma especial. Habéis estudiado, desde que estabais en *Infantil*, todas las partes de vuestro cuerpo y una de ellas, el pene en los hombres y la vagina en las mujeres —los niños se sonreían sin saber por qué—, se juntan en ese amor especial y crean un niño nuevo. El papá echa unas semillas en la vagina de la madre y ya está.

—¿Por dónde salen las semillas? —preguntó Pepe.

—Por el pene.

—Pero si por el pene solamente sale el pis — le contestó Raúl asustado.

—¿Nosotros también podemos fabricar niños?

—No, todavía no, cuando seáis más mayores.

—¿Así de sencillo? —volvió a insistir Raúl.

—Faltan más cosas por contar pero ya os iréis enterando cuando lleguéis a 5º y 6º. Y ahora vamos a comenzar. ¡Ah!, os habéis dado cuenta de que somos dos más en clase. Mirad, la niña rubia que está junto a María, es Iliana —todos se volvieron a mirarla—, es de Rumania y vive aquí con sus padres. Sabe poco español pero aprenderá rápidamente. El otro niño, el que está junto a Pepe es...

—¡Marroquí! —la interrumpió Abderrahim y se dirigió al nuevo alumno.

—¿Mneim *ntdl*

El niño no respondió porque no entendía la pregunta.

—Que no, Abderrahim, que no es de Marruecos, es ecuatoriano —le aclaró Marina.

—Es que como es tan moreno como yo...

—No todos los morenos son marroquíes ni todos los negros son africanos.

Jorge es de un país que está en América del Sur que se llama Ecuador. Habla español como nosotros y también ha venido a vivir aquí. Y vamos a comenzar ya ¿no? Ayer estuvimos leyendo un cuento en el que unos niños inventaban juegos nuevos que no tenían nada que ver con los que jugáis actualmente. Se me ha ocurrido que podíamos preguntar en casa a los padres y a los abuelos los juegos con los que ellos pasaban el tiempo cuando eran niños y que no serían como los monopatinés, bicicletas y *play station* que tenéis ahora. Tenéis que hablar con ellos y mañana los traéis escritos en vuestros cuadernos. ¡Atención!, haced dibujos de ellos porque los voy a colocar en la pared.

Por la tarde quedaron los dos amigos en casa

de Raúl para ver a su abuelo y preguntarle cuáles eran sus juegos favoritos. Por el camino Abderrahim iba comentando a su amigo:

—Yo no tengo abuelo aquí pero no me hace falta porque los juegos de Marruecos no tienen nada que ver con los de aquí. Allí tenemos menos juguetes y nos tenemos que apañar nosotros y nuestra imaginación.

—¡Hola, abuelo! —Raúl dio un beso al abuelo y Abderrahim instintivamente le dio otro.

—¿Este es tu amigo morito?

—Marroquí, abuelo, marroquí, que no se dice morito.

—Pues en la guerra de España vinieron muchos moros y así les llamábamos.

—Pero ahora decir "moro" molesta y además la guerra ya hace muchos años que acabó.

—¡Vale, vale! ¿Qué queréis?

—Dice la Señó del colé que nos tienes que contar los juegos de tu tiempo.

—Anda, hermoso, si ya casi no me acuerdo...

—Pues a algo jugaríais, digo yo. Si no tenías tele, ni *bicis*, con algo os entretendríais.

—Pues jugábamos al *pillo-pilla*, unos eran ladrones y otros policías. Había uno que se llamaba Zorro, *pico*, *taina* en el que nos dividíamos en dos equipos. Echábamos a suerte y el que perdía se ponía agachado y agarrados unos a otros. Los del equipo contrario tenían que ir saltando uno a uno hasta caer con fuerza sobre los otros y decir *zorro*, *pico*, *taina* que eran tres posturas del brazo. Si acertaban la postura o alguno se caía, tenían que ponerse ellos de burro. Nos pegábamos unos golpes. Es que éramos muy bestias...

—¿Te acuerdas de alguno más?

El abuelo fue recordando y Raúl tomando apuntes en un cuaderno. La zapatilla, la taba, las carreras con aros de asas de cubos de zinc, el cirio... Cuando el abuelo narraba este último, Abderrahim le interrumpió.

—Ése es como uno que jugábamos en mi pueblo, el *Sab-sab el ket*. Cada jugador tiene un palo largo con punta y todos ellos tiran a una raya. El que más lejos se queda, es el burro que tendrá que ir tirando un palo corto a cada uno de los jugadores y éstos le pegarán con el suyo para mandarlo lo más lejos posible. Cuando el burro va a buscarlo, los demás cavan un agujero en el sitio del

burro que cada vez harán más profundo. Ahora, si uno no atina a dar al palo pequeño, ése será el nuevo burro.

—¿Y cuándo se acaba el juego? —le preguntó Raúl.

—Cuando el agujero es tan hondo como la altura del palo corto. Se entierra en él el palo corto y todos los jugadores aporrean la tierra para que le cueste más trabajo sacarlo al que ha perdido. Mientras lo saca, los demás le golpean en la espalda con los zapatos. Y además cantábamos una canción:

*Dame el visado y el pasaporte de
casa a Marsella Mi madre
toujours no la voy a olvidar.*

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Raúl.

—No sé, es algo de los franceses.

El abuelo se reía para sus adentros al escuchar la estrofa pensando que hasta los niños pedían el visado y el pasaporte en sus juegos.

—Aquí se le golpeaba con los palos largos, éramos más bestias que en tu país —precisó el abuelo.

—Hay otro parecido pero no se pega a nadie. Cada uno con un palo largo tiene que levantar sin tocarlo con las manos, uno más pequeño y, antes de que caiga al suelo, atizarle con el grande hasta llegar a una meta. Claro, gana el que antes llega. Este se llama el Ket, el gato.

—Ahora que me acuerdo, a ése también jugábamos nosotros —le dijo el abuelo.

—Y teníamos más —continuó Abderra-him—, el *Kshira* que era como el hokey pero con una ficha de corcho que hacíamos de la corteza de los alcornoques, el *Shirra*, parecido al béisbol con bates de palos de olivo con porras en las puntas y muchos juegos de chicas. Algunas veces jugaba con mi hermana a la Mtaisha, igual que los columpios del parque pero en los árboles, al *Mlakef* que consistía en ir recogiendo piedras del suelo pero con una mano solamente. ¡Ah!, y a los novios y a las novias, Larosa o Laros. Hacían las muñecas con cañas y trapos.

—¿Te das cuenta Raúl de lo fácil que es divertirse cuando no tienes televisión ni esas cosas que tenéis los chicos de España? —se dirigió el abuelo al nieto.

—Ya, dice la Señó que nosotros no tenemos imaginación, que nos falta in...

—Inventiva.

—¡Eso!, que somos como las máquinas, que no pensamos.

Los dos niños tomaron las notas y volvieron a casa de Abderrahim. Al entrar se encontraron con Mohamed y Abderrahim se asustó.

—¿*Baba*, pasa algo? —le preguntó preocupado.

—Que mamá se ha puesto mala y la tengo que llevar al hospital.

—¿Es grave?

—No, mañana ya estará bien.

Abderrahim no lo entendía bien. ¿Cómo podía saber que mañana ya estaría bien su madre? Miró con ojos acuosos a Raúl y éste le dijo en voz baja:

—Ya lo sé, tu mamá va a dar a luz. Vas a tener un hermanito.

—¡Es verdad!

Mohamed salió con una bolsa y dando la mano a Aicha que iba encogida y con las manos en la tripa.

—Esta noche vais a dormir solos. Yo vendré en cuanto pueda. Si necesitáis algo, se lo pedís a los padres de Raúl. Tenéis mantequilla, pan y mermelada en la nevera y Radia ya sabe hacer el té. Si no he llegado por la mañana, os laváis bien, pero bien, desayunáis y os vais a la escuela. Radia, portaros bien y no hagáis ninguna tontería, especialmente tú, Abderrahim.

Salieron los padres de la casa y se quedaron los dos niños solos.

—¿Cómo os vais a quedar solos? —les dijo Raúl a Radia un poco asustado.

—No pasará nada, estamos acostumbrados de Marruecos —le respondió Radia.

—De todas formas yo se lo voy a decir a mis padres.

—Que no, que no pasará nada.

Nada más entrar en su casa, Raúl se lo comentó a sus padres y éstos sin pensárselo, fueron a la casa de los marroquíes y casi tuvieron que obligar a los dos hermanos a ir a la suya.

—Abderrahim y Raúl duermen en la misma cama y tú, Radia, en el sofá del salón. ¿Tiene tu padre móvil? —les preguntó Pedro.

El papá de Raúl llamó a Mohamed y rápidamente quedaron de acuerdo, agradeciendo repetidas veces la atención de la familia española.

Los tres niños pasaron al cuarto a jugar con la *play* mientras Paula hacía la cena sin antes olvidar

que los dos marroquíes no podían comer cerdo.

—Raúl, ¿este traje es tuyo? —preguntó Radia.

—Sí, me lo han comprado porque vamos a la boda de un primo la semana que viene. Es aquí, en el pueblo, pero el banquete se celebra en Madrid.

—¿Qué es eso del banquete? —dijo Abderrahim.

—¡La comida! ¿Es que en vuestras bodas no hay comida especial?

—Sí, claro, pero en la casa del novio o de la novia.

—Entonces, ¿no habéis visto nunca una boda cristiana en España?

—No, si no hemos tenido casi tiempo. Bueno, yo vi una en la tele —le respondió Radia—, en una iglesia muy grande. La novia llevaba un vestido con un rabo muy largo y una corona o algo parecido en la cabeza. La gente estaba muy quieta, no se movía ni bailaba. Había un cura con unas ropas brillantes que levantaba y bajaba la mano. Al final los dos novios se dieron un beso en la boca delante de toda la gente. ¡Qué vergüenza!

—Chicos, ¡a cenar! —les llamó Paula.

Mientras cenaban, Raúl les decía a sus padres que sus amigos no habían estado nunca ni conocían una boda española. Pedro se quedó un momento pensativo.

—Pues si quiere tu padre —se dirigió a Abderrahim— nos acompañas a la boda de mi sobrino y así lo ves de primera mano.

—¡Bien, papá! Lo estaba pensando pero por si me decías algo... —gritó Raúl con alegría.

—A propósito —continuó Pedro—, ¿cómo son las bodas en vuestro pueblo? ¿Habréis ido a alguna?

Sí, a la de mis padres —contestó Abderrahim instintivamente.

—Pero, ¿qué dices? —le dijo Radia riendo— Si no habíamos nacido todavía.

—Es verdad, ¡qué tonto soy!

—Hemos ido a las bodas de la familia y a las de todos los vecinos —continuó Radia— porque allí se invita a todo el pueblo. Claro, somos tan poquitos. Se suelen celebrar durante el verano y si vais, seguramente que os invitarán a alguna.

—¿Tenéis cura como nosotros? —les preguntó Paula.

—No, allí el *fkí*...

—¿Cómo?

—Sí, el que hace de cura. Va a las bodas pero como un invitado más. Es que los novios no van a las mezquitas.

—¿Con lo religiosos que sois y no tenéis ni cura ni iglesia en las bodas? —preguntó Paula sorprendida.

—No sé pero allí no vamos.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó Raúl.

—Las bodas duran tres días. El primer día van los *toiba*...

—¿Los qué?

—Los que estudian la religión. Van a la casa del novio con todos los hombres para rezar cosas del Corán. Las mujeres están en una habitación y los hombres en otra, nunca se pueden juntar.

—¿Por qué no se pueden juntar? —les preguntó Paula teniendo en la mente la palabra "machismo".

—Pues, porque serán costumbres de ellos —le contestó su marido adivinando las intenciones—. Continúa, Radia.

—Después de rezar, llegan los músicos. Dos o tres que tocan gaitas, como una flauta, se les llama *gaiata*, y los que tocan el tambor y el bombo a los que llamamos *tóbala*. Están tocando un tiempo y la gente se va reuniendo y se va animando más. Fijate, van hasta los pocos que no están invitados.

—¡Ah, sí! A éstos se les llama "los de las motos" —interrumpió riéndose Abderrahim— porque son como los que conducen las motos sin tener los papeles.

—Después de un rato en el que la gente no para de tocar las palmas, así —Radia interrumpió el relato para imitar el sonido de las palmas, juntando las dos manos estiradas y ahuecando la parte central con lo que el ruido es mayor y Abderrahim la acompañó haciendo movimientos con todo el cuerpo y siguiendo el ritmo—, todos toman el té y los dulces que se hacen en las casas, parecidos a los que comisteis en mi casa la noche del Ramadán. Luego entra la otra orquesta.

—¿Otra? —se sorprendió Pedro.

—Sí, ésta es de más lujo, cuesta más dinero. Está formada por un violín que se llama en marroquí *kamanya*, una pandereta o *hender*, un *bongo o derbuka* y dos bailarinas.

Abderrahim comenzó a sonreír con picardía y Pedro le observó.

—¿Por qué te ríes, Abderrahim? —le preguntó.

—Porque salen al centro de la habitación, con la tripa al aire, y bailan moviéndose así —se lanzó a un rincón del salón y comenzó a contorsionarse moviendo el culo y la tripa con sensualidad y con un poco de teatro.

Raúl se levantó, se colocó junto a su amigo y los dos bailaron de forma ridícula pero provocando las risas de todos.

—Todos los hombres que están en la boda —continuó Radia— dejan dinero en el cinturón de las bailarinas para que la orquesta toque su canción preferida. El novio va vestido con una chilaba blanca muy de lujo, tiene los ojos pintados de *kohol*.

—¿Qué es eso? —preguntó Paula interesada.

—Unos polvos que se ponen en los ojos para que brillen más. Normalmente se los ponen las mujeres pero en las bodas, también los hombres. También lleva un puñal que se llama *jomllar* para demostrar que es el más importante de la reunión. A su lado, va su visir, su asistente, el que le aconseja lo que tiene que hacer en la boda. Después, se cena el *cus-cus*, el cordero y los *tayines* y a dormir.

—¿Ya nos vamos? —le preguntó su hermano.

—¡No, son los de la boda! Al día siguiente, por la mañana, comienzan los músicos a meter ruido y despiertan a todo el mundo. Acompañan al novio y le hacen los regalos.

—Aquí también hacemos regalos, casi siempre dinero —dijo Paula.

—Allí, dinero nunca. Regalan corderos, gallinas, alguna vaca, cosas que tenemos en el campo. Los animales que teníamos nosotros en el pueblo eran los de la boda de mis padres. Bueno, pues, todos juntos van a buscar a la novia.

—Hombre, ya era hora que apareciera la novia —intervino Paula otra vez—. ¿Es que es menos importante que el novio?

—No sé, a mí me parece que no porque va mucho más guapa que el novio. Va vestida con un traje muy brillante, el *kaftán*, con muchos collares y plata por todas partes. Este traje se lo tapa con una capa, el *silham*, y un velo bordado le oculta la cara. Sube a una muía con cara de tristeza para demostrar que le da pena abandonar su casa y todos se dirigen a la casa del novio que será la suya.

—Cuenta lo de la *buardía* —le instó Abderrahim.

—¡Ah, sí! Es un grupo de hombres que van vestidos de gala con unas escopetas muy largas, no he visto ninguna igual aquí, bailan y disparan al aire con mucha pólvora.

—Todos los chicos íbamos detrás recogiendo la pólvora que se les iba escapando —dijo Abderrahim— para hacer bombas. Había uno al que le faltaban dos dedos de la mano porque un día se le disparó sin querer.

—Llegan a la casa y ya se quedan a vivir. ¡Y se acabó la boda!

—¿Y el tercer día? ¡Falta uno! —le preguntó Raúl.

—¿Ah, sí? ¿No he contado lo de la *herma!*

—¡No! ¿Qué es eso?

—Unos polvos que se mojan en agua y se dan, haciendo dibujos, en las manos, mi madre lo sabe hacer, en los pies y en el pelo para que brille más. Ese día es el de las mujeres.

Terminaron la cena y los niños se lavaron las manos en el cuarto de baño.

—Me he quedado con ganas de preguntarles por qué los marroquíes se casan con cuatro mujeres —le dijo Paula a su marido.

—No tengo ni idea pero son poco inteligentes, con lo que cuesta aguantar a una... — dijo Pedro riendo.

Abderrahim escuchó el comentario desde el servicio.

—Mi padre tiene una mujer y mi abuelo también una solamente, pero mi vecino, Hicham, tiene tres y no se llevan mal. Tiene más tierras y animales que nosotros y son las mujeres las que trabajan y lo arreglan todo. Una cuida los animales y los saca al campo, la segunda siega, coge las aceitunas y hace cosas en el campo y la más joven siempre está trayendo leña para el horno.

—Anda, y él ¿qué hace?

—Pues... va al zoco a comprar y... Yo casi siempre le veo debajo de un árbol en verano y en el cafetín en el invierno.

—¡Jo, así da gusto! Ya quisiera yo tener cinco o seis para no tener que trabajar. ¿A cuál de ellas quiere más?

—¿Es que se quieren los maridos y las mujeres?

—Pues claro, ¿no has oído a Marina?

—Pues querrá a las tres igual. Yo qué sé.

Cuando estuvieron en la cama, Abderrahim le contó a Raúl dos historias que había escuchado a su abuelo y que hablaban de matrimonios.

—Raúl, una vez le preguntó un campesino a otro por qué Abdelatif y Sohar, un matrimonio del campo, se llevaban tan bien. Le contestó que porque Abdelatif, el marido, hacía todo lo de la casa. Su amigo se quedó extrañado y le volvió a preguntar: ¿Y Ali y Marian, el matrimonio vecino, que también se llevan muy bien? Su amigo le respondió: Porque Marian, la mujer, lo hace todo.

—¿Qué quiere decir el cuento? —le preguntó Raúl sin entender nada.

—Que cualquier matrimonio puede vivir muy a gusto y no importa quién de los dos trabaje.

—¿Y el otro cuento? —insistió Raúl.

—Un Sultán tenía tres mujeres, una era árabe, otra turca y la tercera marroquí. Un día el marido les hizo a las tres la misma pregunta: ¿Cómo sabéis que ya ha amanecido, que ya es de día? La turca le contestó que porque oía balar a las ovejas. La árabe que porque sentía el frío de los pendientes en sus orejas.

—¿Y la marroquí?

—Le dijo: Sé que ha amanecido cuando ya no tengo sueño.

—Tampoco entiendo nada.

—Pues que las tres pensaban de distinta manera pero siempre hay una que es más lista que las demás; pues ésa es la favorita del marido.

—¡Qué complicado es esto! Yo, cuando sea mayor, no me voy a casar; me quedaré siempre con mi madre.

Ese día Abderrahim tuvo un despertar especial. Su padre le colocó las manos frías sobre la cara aún caliente.

—¡Eh, que tienes una hermanita!

El niño pensaba que estaba soñando. Radia esbozó una sonrisa somnolienta. Raúl miró sin decir nada a su amigo. Al final tenía que ser una chica, otra chica.

Cuando iban camino de la escuela, Abderrahim no hablaba.

—¡No pasa nada, jo! ¿Qué más da chico que chica? Lo importante es que tú ya no serás el pequeño —le quiso animar Raúl.

—Ya, pero...

Por la tarde, los dos hermanos fueron a ver a su madre y a la nueva hermana al hospital. Radia pasaba sus manos sobre la carita de la niña. Abderrahim, cuando la vio, sonreía pero sin decir nada aceptando con su silencio de buen grado al nuevo miembro de la familia.

—¿Cómo se va a llamar? —le preguntó a su padre.

—Como la hija del profeta, Fátima Zohra.

—Aquí no damos los gritos como en Marruecos.

—No, creerían que estamos locos.

—Pero la fiesta, el *sebaa*, sí la celebraremos, ¿no?

—Algo haremos.

—Pues tendrás que invitar a los padres de Raúl.

—Claro, solo faltaba.

—Por cierto, me han invitado a la boda de un primo de Raúl. ¿Puedo ir?

—¿Por qué no?

Llegó el sábado, el día de la boda de los cristianos, y Aicha vistió a Abderrahim con lo mejor que tenía y éste acompañó a Raúl a la iglesia del pueblo. Toda la gente iba vestida con trajes nuevos. Cuando iban a pasar a la iglesia, Abderrahim se quedó parado.

—¿Qué te pasa? —le dijo Raúl.

—Es que me da un poco de corte, como yo no he entrado nunca en una iglesia... Yo creo que no será pecado.

—Venga, déjate de rollos y pasa.

Era mucho más grande que la mezquita de su pueblo. Había bancos, muchas luces y flores. Lo que más le llamó la atención fue la gran cantidad de estatuas, casi todas con barbas y algo en la mano, pero especialmente un hombre casi desnudo al que le caía sangre por las manos, pies y cabeza y que estaba clavado en unos maderos.

—¡Madre mía, qué miedo da ese hombre! —dijo Abderrahim un poco asustado— ¿Quién es y qué ha hecho?

—Es Jesucristo, el niño del Belén que hicimos en el colé.

—¿Ya tan grande? ¿Por qué lo han matado?

—No lo sé pero fueron los judíos.

—Ya decía mi abuelo que los *liehudi*, los judíos, no son buenos. Nosotros no podemos tener estatuas.

El niño marroquí no perdió detalle de toda la ceremonia. Veía cómo la gente se levantaba, se arrodillaba, hacía cosas con las manos y al final, llegó a la conclusión de que todas las religiones deben ser parecidas, por lo menos en los gestos.

Cuando llegaron al banquete y Abderrahim vio tal cantidad de comida no pudo por menos que recordar a sus dos amigos, Bocarro-ta y Pies torcidos.

—Si pillaran en mi pueblo esta comida. Por cierto, ¿no será cerdo?

—No, es cordero.

—De todas formas, yo creo que aquí gastáis sin medida porque estoy viendo a los camareros que se llevan platos casi llenos y a algunos invitados que guardan los langostinos en bolsas de plástico.

—Sí, es verdad, algunos lo hacen pero está mal visto.

—Mal visto, ¿por qué? En las bodas de Marruecos te dan una bolsa de papel para que te lleves todos los dulces que te sobran o no puedes comer; se le llama el "pasaporte". Y si no te lo llevas, es una falta de educación. Ahora reparten cigarros grandes y pequeños. —Y a nosotros también, ya verás.

—¿Qué?

Al llegar la madrina a su lado, Raúl extendió su mano y recibió un cigarro rubio.

—Dame otro para mi amigo. —La mujer miró al marroquí pero también le dio el suyo.

—¿Y qué vamos a hacer con los cigarros? Yo no he fumado en mi vida.

—Ni yo, pero nos los ponemos en la boca y los encendemos para hacer que fumamos.

—¿Delante de toda la gente?

—No, en los servicios.

Al final, cuando el follón era mayor, los dos amigos se dirigieron a los servicios en los que ya estaban algunos niños con cigarrillos encendidos. Raúl encendió el suyo casi con los ojillos cerrados. Chupaba y soltaba el humo sin tragárselo.

—Ven, que te voy a encender el tuyo.

—Si no sé cómo hay que hacer.

—Es fácil, chupa fuerte y sueltas el humo cuando lo tengas en la boca.

Abderrahim se colocó el cigarro en los labios sujetándolo con los dedos rígidos, aspiró profundamente y el humo se le coló sin querer en

sus pulmones vírgenes. Se le encogió todo el cuerpo, cerró los ojos y comenzó a toser sin poder controlarse. Cada convulsión corporal iba acompañada de un montón de lágrimas que le resbalaban por las mejillas. Se le fue cambiando el color de la cara pasando de rosa a pálido sin olvidar cualquier gama de grises. Se le volvió a encoger todo el cuerpo en un esfuerzo sobrehumano y descargó sobre la pared del cuarto de baño los langostinos, el zumo, el cordero y la tarta. Raúl se asustó al ver a su amigo en ese estado.

—Tío, ¿qué has hecho?

—Y yo qué sé —le respondió Abderrahim

— . Aspiré y... ¡Qué mal estoy! ¡Fumar es una mierda! Los que fuman están locos y a ti te falta poco. No volveré a coger un cigarro en la vida.

